

Noticiario

ULYSES

RECUERDO ACTIVO DE MILA OYARZUN

Mila Oyarzún (Emilia Pincheira Oyarzún) nació en 1912 en Concepción y falleció en Santiago el 9 de octubre de 1982. En 1941 publicó su primer libro *Esquinas del viento*; le siguieron *Estancias de soledad*, *Pausado cielo*, *Cartas a una sombra*, pero Mila Oyarzún, amiga sufriente y muy querida, no puede asociarse a bibliografías ni a citas librescas. Estaba demasiado invadida por su humanidad, por su preocupación por los demás, por lo que hacían de bueno o de malo. Cierta vez, hace muchos años, que nos imaginó en problemas, nos envió por correo la novela en clave del escritor abogado Julio Salcedo, *Gatica con Soto, juicio de alimentos*. Otra vez, en medio de una breve polémica que tuvimos por la prensa, nos advirtió, en un recado escrito, que corríamos el riesgo de quedar convertidos en una cornisa. Todo esto lo hacía sin censura ni rechazo, más bien con cierto retraimiento contemplativo, propio de la mujer que fue siempre enfermiza y que sobrepasaba sus males físicos, movida por una fuerza espiritual incontenible. Así la vimos en sus últimos años, tal vez los más descarnados de su vida, desplazándose de un sitio a otro, de un oído a otro oído, de una pregunta a una respuesta, pidiendo socorro para los humillados y ofendidos, para quienes la palabra *caridad*, parecía haberse esfumado. Ella, a su vez, desconocía el miedo y la dimensión del peligro, a pesar de que no actuaba en tiempos normales, cuando todo podía revelarse y publicarse. No la movía, sin embargo, el anhelo de una inmolación suicida, informada como estaba de su dolencia incurable. La guiaba su inteligencia natural, su cautela muy femenina, su formación universitaria, su sentido del humor que le permitía alternar con sus amigos en veladas inolvidables. Mila Oyarzún, te recuerdo una noche fría en la Posada del Corregidor, bebiendo vino caliente, poco antes de ser internada en un sanatorio junto al mar.

Así evocamos a Mila quienes permanecemos muy próximos a su afectuosidad, a su lealtad inquebrantable; quienes la seguimos en los hospitales, inmóvil, pero viva, como playa azotada por las olas, con la monotonía de su tiempo medida por la luz y la sombra. Nunca mostró su desolación interna; más bien la buscaba en los demás para mitigarla y en ese sentido tuvo la suerte de imponer un ejemplo, un futuro promisorio si nos viéramos ante situaciones y problemas iguales a los afrontados por ella, con tanto dolor y dificultad.

Desde el momento en que su penosa enfermedad cesó, cuando la valiente luchadora se hubo rendido, sus amigos escritores la seguimos llevando en nuestro recuerdo. Si nos descuidamos, podemos irnos de nuevo a los reductos de sus penas, la sentiremos dominando lo que hacemos o pensamos, con su mirada tan profunda que parecía observarnos siempre de comienzo a final. La evocamos en su última casa de la calle Puerto de Palos de Las Condes, donde la acompañaba en sus dolores, su marido argentino Fernando Rivas Novoa, quien en el año 1985, siguió su huella más allá de las tinieblas; con su abnegada y fiel asesora Julieta, con sus perros y sus flores.

LA VOZ DE LA CASA

Cambiamos ciertamente, se renuevan todas nuestras células y algunas, las más finas, las nerviosas, van muriendo junto con nosotros. A veces, nos miramos a través de la memoria y nos parece que somos otras personas, *nosotros los de entonces ya no somos los mismos*, escribió el poeta en su adolescencia y la imaginación es la memoria, el recuerdo de un mundo histórico, a veces, absurdo, que nuestra inteligencia adiestrada observa con fastidio, atenazada por la lógica. Y el más firme basamento de los recuerdos, es la infancia. ¡Qué difícil es evocarla en su mismo nivel, en su atmósfera! Veo un caballito que apenas conserva su arnés y evoco a mi padre; fue su último obsequio, antes de que yo pudiera recordarlo. La madre fijó el testimonio en el revés de la plataforma y bajo esas letras desvaídas, hay un mundo de orfandad y de alegría muy limitada fijado para siempre. La infancia sórdida, los padres feroces, producen seres atribulados, jóvenes que se refugian en las orillas de los conventos, poetas que desean vengar la realidad, volver a organizar el sufrimiento, referir sueños que parecían muy largos. Cuando volvemos a los sitios de la infancia, a la casa en altos de los primeros juegos, todo nos parece más reducido y pobre. Es que hemos profanado el mundo del recuerdo. Las hijas de la memoria fueron las musas para los genios clásicos.

Edmundo Moure Rojas tuvo una infancia sana y feliz y en su libro *La voz*

de la casa, bien ilustrado e impreso, la evoca sencillamente, con gracia aplomada. Un hogar estructurado; un padre que trabaja mucho, una madre que ama y protege, un ecléctico tío cura, una tía melindrosa y soltera, otro aventurero a quien la vida destiñe y paraliza; un abuelo que fija una estampa de antología y un cuento que habrá de prevalecer; los hermanos, los movedizos primos. Todos sobrepasan el mundo cotidiano y se expanden por la vía de los sueños y de los libros. Son españoles, de origen gallego, buscan casas grandes, juegos violentos, amores apasionados y el oído no les rechaza el verso desnudo de su gran poetisa, Rosalía de Castro. Es difícil imaginar en ese crisol familiar, la intriga, la riña, los niños solos, la extranjería en un mundo hostil. Tal vez el hecho de provenir de otras tierras, los unió y les hizo felices en su unión, dispuestos a confraternizar y confundirse. Tal es el acento de la emigración española, la capacidad de mezclarse, de alcanzar una expresión inesperada y entusiasta.

Para mí el poeta Edmundo Moure Rojas es un optimista, un creador que va de la poesía a la prosa, a la divulgación literaria directa, a la lucha por la dignidad y la decencia del hombre, que publica su cuarto libro como si fuera el primero, esperanzado y despierto. Tuve esa impresión hace pocos días, cuando yo andaba demasiado inmiscuido en la realidad peligrosa, filuda y cuadriculada, al encontrarlo en una esquina céntrica y, a pesar de informarle de mis pequeños problemas, me habló de sus libros, de su aventura ilusionada, haciéndome sentir que yo andaba perdido, que era un desertor de la única franja de la realidad que nos pertenece: el sueño, la imaginación, la poesía.

Pero la imaginación es recuerdo y entre los recuerdos, los más distantes llegan a convertirse en una profecía al revés, si nuestra memoria nos traslada al punto de partida, al tiempo en que mirábamos a los adultos desde el aire fresco del suelo y pudimos ser aplastados como cucarachas.

En estos años, al final del día, cuando empezamos a releer con humildad, cuando evocamos con desusado rigor nuestras apasionadas andanzas, nos es grato referirnos a este sólido escritor chileno, que tanta salud moral trasluce, con la gente que lleva junto a él y dentro de sí mismo, en renovadas y cristalinas experiencias.

MARCELA PAZ

Marcela Paz (Esther Huneus de Claro) nació en 1902 y falleció en Santiago el 11 de junio de 1985. El 11 de agosto de 1982 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura. Su figura delgada, ascética, su tendencia a buscar el bien de los demás sin alardes, ha provocado numerosos comentarios con

motivo de su muerte. Nosotros intentaremos una apreciación de algunos instantes de su vida y de su obra.

Marcela Paz viajó por Europa, Estados Unidos de N.A. y Canadá; se trasladó a España invitada por la J.B.Y. (International Beard of Books for Young People). En 1947, catorce años después de publicar su primer libro, inició su serie infantil *Papelucho*. Advirtió en el original que el texto era para adultos y el lenguaje para niños y resolvió hacer un extracto y enviar el libro al Concurso de la Editorial *Rapa Nui*, donde obtuvo el Premio de Honor. En la Editorial *Rapa Nui* laboraron durante años nuestro Hernán del Solar, que tanto hizo por divulgar a los escritores nacionales, y Francesco Trabal, escritor catalán que vivió sus últimos años en Santiago y escribió una novela muy europea titulada *Vals*.

Marcela Paz hablaba inglés, francés y alemán e interpretaba música en piano. En su hogar, la casa de una dama aristocrática a la antigua, se le daba mucha importancia al dominio de los idiomas y al arte. El crítico Alone (Hernán Díaz Arrieta) dijo, a propósito de su primer libro *Tiempo, papel y lápiz* (1933): Pensar que lo que falta en Chile es imaginación y esta niña la tiene de sobra". A Marcela Paz la llevó a escribir *Papelucho* su preocupación por el problema de los niños cuando los padres se separan y siguió la vida de un niño durante los 365 días del año. Después *Papelucho*, en sus doce o más ediciones, fue teniendo distintos oficios y disfraces. El libro ha sido traducido al francés, al ruso, al japonés. El ilustrador de la 2ª versión francesa, nunca había oído hablar de Sudamérica y menos de Chile. Cuando era pequeña, Marcela Paz leía *Oliverio Twist*, cuyo autor hacía sufrir mucho a los niños. La autora chilena opinaba que es una brutalidad escribir cosas tristes para los niños que son muy sensibles y se afligen seriamente.

Marcela Paz fue una entre ocho hermanos y se confesaba tímida y retraída, siempre escondida detrás de sus personajes.

Si se aprecia la obra de Marcela Paz desde el punto de vista de la creación literaria, es evidente que en el estudio de su obra deben buscarse otros aspectos. Algo que no resta importancia a su dilatada creación, dedicada fundamentalmente a los niños. Además, no es fácil escribir para los niños, no hay un lenguaje para los adultos y otro para los niños, como no hay parábola para auditorios de distinta categoría. El lenguaje veraz es uno solo y los niños no aceptan hojarascas ni retóricas; el arte para ellos no es artificio con el secreto demasiado visible. La literatura infantil, como la novela policial, se presta sí para que el ingenio o la anécdota se impongan sobre otros valores más profundos. A veces, la obra literaria clásica parece reunir todas las condiciones y también alcanzan esa virtud los arquetipos de la literatura infantil. *Los cuentos de mi madre gansa*, de Charles Perrault, con sus

personajes símbolos: Barba Azul, Caperucita Roja, Pulgarcito, La Bella Durmiente, La Cenicienta, etc., pudieran ser un ejemplo.

Marcela Paz logró ubicarse en esa difícil bibliografía. ¿Qué le faltaba o le sobraba? ¿Fue más narradora ingeniosa que artista? Eso sólo lo dirá el tiempo. Entretanto su figura humana singular, su voz de abuela sin prejuicio, hacen falta.

LUIS ENRIQUE DELANO,
UN FABULADOR DE OTROS TIEMPOS

Poco espacio le dieron en Chile los órganos de publicidad escritos, hablados o vistos en la pantalla, a la muerte de Luis Enrique Délano, sucedida el 20 de marzo de 1985, a los 77 años de edad. Se diría que todos estamos preocupados de otros asuntos, algunos de espantoso dramatismo y que falta tiempo para recordar al autor de *Viejos relatos* con sus contrabandistas, solitarios, adolescentes, piratas y niñas melancólicas. Luis Enrique Délano, Juan Marín y Salvador Reyes, los dos últimos mayores que Délano, con cierto parecido en la elección de sus temas, representaron hace más de 50 años, una desviación del criollismo vernacular que se consideró la expresión clásica de un país hispanoamericano si quería interesar a los lectores de la sabia Europa.

Luis Enrique Délano es autor, entre otros libros, de *El pescador de estrellas*, poesía, 1926; *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*, 1937; *Balmaceda, político romántico*, 1937; *La vida romántica y novelesca de Alejandro Flores*, 1937; *Pequeña Historia de Chile*, México, 1944, *El laurel sobre la lira*, 1946; *Puerto de fuego*, 1956. Nació en Santiago en 1907, hizo sus primeros estudios en Quillota, después asistió a clases de Derecho y de Pedagogía en la Universidad de Chile, y de Letras en la Universidad de Madrid. Además, nuestro escritor fue Cónsul de Chile en México y en Nueva York; corresponsal de *El Mercurio* en Europa; director de las revistas *Ecrán*, *Qué hubo* y *Vistazo*, y padre de un hijo único que vale por diez: el escritor Poli Délano, autor de *El hombre de la máscara de cuero*, una novela sufriente ambientada en México que conviene leer.

Al recibir Pablo Neruda el Premio Nobel de Literatura, el 21 de octubre de 1971, Luis Enrique Délano era Embajador de Chile en Suecia y ése fue su último cargo representativo. Después vivió en México durante diez años y sólo en 1984, poco antes de morir, regresó a Chile, a su antigua casona de la calle Valencia en Ñuñoa. Lo último que leímos venido de su mano fue el prólogo al libro de Nicasio Tangol, *Leyendas de Karukinká* publicado en México en 1982, a dos años de la muerte de Tangol y en cuya

oración final, Délano anotó: "Lamento de veras que mi viejo compañero de letras no llegará a ver esta edición, que tanto gozo le habría dado. Pero por los anchos canales del Fondo (Fondo de Cultura de México) el libro de Tangol llegará a no pocos lugares y países y los misterios de la Tierra del Fuego van a inquietar a muchos lectores. Cosa que fue, tal vez, lo que Tangol se propuso al escribir *Las leyendas de Karukinká*, obra en que el antropólogo y el poeta no se apartan ni un momento el uno del otro".

Hombre rubio, de ojos claros, "huero" como dicen en México, Luis Enrique Délano dejaba en la memoria la imagen de un hombre tranquilo y afable, con cierto halo de escritor nórdico, siempre fiel a un oficio sin ocio. Algunos, Luis Durand entre ellos y así lo estampa en su libro *Gente de mi tiempo*, Santiago 1953, afirmaron que varió su modo de ser con la militancia política. Es posible, aunque nosotros no tuvimos oportunidad de advertirlo. Lo recordamos, en cambio, paseándose por la Playa Grande de Cartagena, provisto de su pipa, sentado junto a una mesa en la terraza frente al mar, manteniendo su habla cuidadosa si el tema concernía a los escritores y poetas en servicio activo, algo que desconcertaba a los interlocutores extraños. Pero su recuerdo más vivo está para nosotros en dos de sus libros: *Balmaceda, político romántico* (biografía) Santiago, 1937, y *El laurel sobre la lira*, Santiago, 1946. El primero fue la orilla en que nos afirmamos cuando, en 1945, pretendimos revivir la revolución de 1891 en unos romances que provocaron la ira de algunos congresistas revolucionarios aún vivos y en acción. Nosotros en nuestro afán habíamos descubierto, en medio de discursos y polémicas a favor y en contra del Presidente suicida, unas coronas fúnebres sin firma ni pie de imprenta y la biografía novelada de Luis Enrique Délano, que nos dio la tercera dimensión, la vida de la epopeya. *El laurel sobre la lira* es la vida del poeta, también personaje trágico, Pedro Antonio González (1863-1903), cuyo verso solitario escrito cuando los influjos de Gustavo Adolfo Bécquer y de Rubén Darío dominaban el estro nacional, fue paladeado por nuestra pequeña clase media lectora junto a las velas de sus mesas de noche, hasta 1926.

El periodismo activo de Délano, sin pausa, le hizo merecer el Premio Nacional de Periodismo, y que el 5 de noviembre de 1984, a pocos meses de su muerte, recordara a otra figura de nuestro periodismo y de la investigación literaria, Lenka Franulic, en una velada que se efectuó en el teatro "Camilo Henríquez" de Santiago. Sus comienzos de poeta del mar, su labor de novelista, de biógrafo y de antólogo, sus jornadas de comentarista generoso lo sitúan en la órbita de la cultura chilena, más alta de lo que imaginan nuestros comentaristas habituales, a veces de muy limitada y amnésica información.